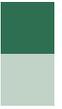




colecciónletrasnórdicas

www.elboomeran.com



CARTA A MI MUJER

Pentti Saarikoski

Nørdicalibros
2016

Traducción de
Luisa Gutiérrez

Título original: *Kirje vaimolleni*

La traducción de esta obra se hizo posible gracias al apoyo de
FILI – Finnish Literature Exchange

© Pentti Saarikoski's heirs

First published in 1968 by Otava Publishing Company Ltd.

Published in the Spanish language by arrangement with
Otava Group Agency, Helsinki

© De la traducción: Luisa Gutiérrez

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Fuerte de Navidad 11, 1º B - CP: 28044 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: enero de 2016

ISBN: 978-84-16440-49-8

Depósito Legal: M-39484-2015

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impreso y encuadernado en Kadmos

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra, Ana Patrón
y Susana Rodríguez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ya he estado antes en este lugar. Es agradable estar en un lugar donde se ha estado antes. La cafetería se llama Wimpy House. Pedí té y un sándwich de queso. El té lleva leche. Así que esta noche dormiré solo, en un hotel que se llama Lincoln, cómo será, después de tanto tiempo, dormir sin follar nada en absoluto. Aunque lo que es follar, durante un año, nosotros hemos follado de sobra. Al empezar este libro, para el que se me ocurrió un nombre hace un par de horas en el avión, me siento como un escolar, pero, aun así, con la esperanza de una mejor nota, no pienso borrar ni una sola palabra, ni añadir nada después, cuando pase todo esto a limpio en el archipiélago de Vaasa. Trataré de contarte todo lo que va a ocurrir durante estos dos largos meses. Te contaré todo lo que sucede a mi alrededor y te contaré todo lo que se mueve en mi mente. No sé si está bien. Pero no tengo otra cosa que hacer más que escribir. Solamente corregiré las faltas de ortografía. En los escritos, ante todo hay errores. Ya no tengo dinero de Finlandia en la cartera. Todo es melancólico, yo soy feliz, mucho más feliz que la última vez que viví aquí, vivía en Camden Town. Te hablaré sobre esa época. Fui a ver la calle en la que entonces, hace algunos años, viví con esa mujer que tú ya sabes, con la que tengo un hijo natural. La calle ya no estaba. Habían construido un moderno bloque de pisos de ladrillo amarillo y mi tasca favorita ahora era un garaje. Estoy sentado en un aburrido lugar en la siguiente esquina, y me siento aburrido. Pienso en ese

poema de Hertta, que nada existe, no hay tele ni tela no hay paredes no hay suelo no hay nada de nada. No existe el Hansa. No existes tú ni tus ojos ni tu pelo ni tus pechos ni tu coño ni nada de nada. Estoy aquí sentado, en un pequeño pub de Camden Town, en la mesa de al lado hay unos hindúes, un gato blanco duerme sobre la moqueta, irradian las estanterías rebosantes de botellas, y recuerdo tus pezones, que esta misma mañana se dilataban para mí, y tus pechos, que se estremecían al mirarlos. Fue un buen polvo, pensaré en él cuando te eche de menos: cuando sea de día y nadie me prepare el desayuno, y cuando sea de noche y nadie me atraiga a la cama. Pienso en ti todo el tiempo. Estás en mi mente constantemente. Tenía que hablarte sobre esa otra mujer, sobre esa con la que estuve y viví aquí en Camden Town. No quiero decir nada malo de ella, al fin y al cabo tenía un chocho y también algo en la sesera, pero era vaga e inútil. Teníamos una habitación y tan poco dinero que por lo general teníamos que robar la comida. Ambos nos convertimos en unos profesionales en esos quehaceres. Hacía tanto frío que no se podía hacer otra cosa que tumbarse bajo la manta y follar. Por eso supongo que me aburrí de ella, y cuando llegó dinero de Finlandia, me agarré una buena borrachera y me largué. Por supuesto que te he contado toda la historia por lo menos cien veces. Que después fui a París, estuve allí un par de días y desde allí marché luego a Dublín, y que en Dublín traté de arreglar mi matrimonio, que fracasó, y que después, al volver a Finlandia, acabé en un psiquiátrico. Siempre te lo he contado todo. Durante un año uno alcanza a contar lo que pasa en treinta. La mujer con la que estuve viviendo aquí me gustaba. Pero no podía vivir con ella. Caminaba tan lenta... Por la calle, siempre iba dos metros por delante de ella. Y nunca se enfadaba con-

migo. Cuando había que llamar a algún sitio, era ella quien llamaba, pero mucho más no hacía. Su culo no lo olvidaré, era un culo que no se puede comparar con otra cosa más que con un paisaje entero, o con las nubes que se ven desde el avión, desde muy alto. Una vez, se despertó porque en su chocho había un ratón calentándose. De eso hace mucho tiempo. Ahora no existe. Ni Camden Town. No existe nada de nada. Se llamaba Leena. Pensé en usar otro nombre para el libro, un alias, pero eso no santificaría nada. Hicimos un hijo, aquí en Londres, o quizás antes de venir, allí en el campo, mientras Leena se pasaba el día tumbada en la cama y esperaba a que yo consiguiera terminar cinco páginas y fuera a follar. Ahora no estoy resentido, me limito a escribir. Leena iba a comprar comida al pueblo cada dos días. Hasta allí había dos kilómetros y desde la ventana yo la miraba mientras caminaba perezosa por el camino con el culo respingón. Vivimos allí, en Taivassalo, un mes, y durante ese tiempo alcancé a aburrirme de ella. No hubiera querido llevármela a Londres, pero no tuve corazón para negárselo. Leena tenía pelo largo y dientes anchos e igualados. La conocí en un guateque. Le dije eres mi chica, porque me parecía que tenía aspecto de puta, y en ese momento yo necesitaba una puta. Pasó largo tiempo antes de que aprendiéramos a echarnos un polvo. Dormíamos juntos, sí, pero todo quedaba en manoseos y lametones. No se me levantaba. Fue una época espantosa para mí, te hablaré de ella alguna vez, si me acuerdo. Te cuento todo lo que se me pasa por la cabeza. Ya no reconozco Londres, ni este es el Londres que conocí con Leena. Ya no sé usar el suburbano. Tenía que ir a Piccadilly Circus, pero acabé en Regent Street, y ahora estoy sentado en algún sitio, en un extraño pub donde no he estado antes. No pasa nada. Se está bien, y los

snacks always available, me bebo mi ginebra y sigo la caminata. Me acompañaste hasta Seutula. Qué estarás haciendo en este momento: ¿fregar?, ¿ver la televisión? Piensas en mí, lo sé. No te ofendas, pero me gusta estar solo de vez en cuando, observarlo todo, recordar, poner en orden mis ideas. Hemos estado juntos prácticamente todo el tiempo y por eso no te he escrito cartas. Esta va a ser larga. Te voy a contar más sobre Leena. Estaba casado cuando la conocí, y mi mujer de entonces se tomó las cosas muy a la tremenda. Primero, en el restaurante donde me ligué a Leena, me arrojó una jarra de agua a la cara, y luego saltó desde el embarcadero al mar, tras quitarse sus elegantes zapatos italianos. Esto creo habértelo contado. No me acuerdo de nada. La gente escribe sus memorias porque no recuerdan. Pero ¿te he contado que luego me fui con Leena a casa de unos conocidos, que estuvimos desnudos en la cocina y comimos pasta de dientes? No me preguntes cuál era el sentido de todo aquello. Tal vez se debiera a que entonces todavía no podíamos follar. Leena seguramente habría podido, pero yo no me atrevía. El año que hemos pasado juntos ha sido maravilloso, maravilloso, tan maravilloso que me resulta difícil ceñirme al tema y hablarte de Tuula y de Leena y de todas esas mujeres con las que de una u otra manera he fracasado. Ahora echo a andar por Regent Street. Intento descubrir por qué fracasó mi matrimonio con Tuula. La tarde está un poco fresca. Tuula fue mi primer amor y hoy no debería escribir sobre ella, pues nuestra convivencia no acabó aquí en Londres, acabó primero en Helsinki y luego en Dublín. Dejé a Leena en Londres y hui a Dublín vía París. Invité a Tuula a que fuera a Dublín, y estando allí nos dimos cuenta de que nuestro matrimonio no iba a ninguna parte. Amaba a Tuula. La amaba muchísimo, pero ya no sabía vivir con ella. Era

tan crío... Aún sigo hablando de ella, y a ti, que me has enseñado, ¿o es así que ambos encajamos bien? Cuando mi polla está dentro de tu coño, está como en casa, segura, y no desea marcharse. Fuera hace frío, las luces avisan del cierre. En la mesa de al lado están hablando de boxeo. ¿Te he hablado alguna vez de Edna Scott? Si no lo he hecho, lo haré alguna vez. ¿Por qué me resultará más difícil hablar de Tuula que de Leena? Sobre ti me es fácil hablar, pero sobre ti no necesito hablar. A ti te espero. He estado viendo un *striptease*. Vi pechos de todos los tamaños y coños de todo tipo. Las chicas tenían buen tipo, pero todos los números eran iguales. En bragas y sujetador se restregaban entre las piernas, y pensé qué tal si trataba de hacerme una paja en el hotel, pero es inútil. Una vez, le eché un polvo a Leena con el cañón de un revólver, porque de otra manera no era capaz. Allí, en el *striptease*, pensé en si podría echarles un polvo a aquellas, pero no, no podría. Soy tu hombre. La tal Edna Scott de antes era una puta. Me la ligué en el Soho, tuve que comprarle una botella de whisky, tuve que llevarla en taxi a casa, y luego, al escucharla cuchicheando en la cocina con un hombre, salté sobre la capa de nieve y me escapé de aquel sitio. Le robé a Edna algo de ropa y se la llevé a Leena, que siempre andaba refunfuñando con que no tenía nada que ponerse. Aunque mucho que ponerse no necesitaba, la verdad, porque en general siempre estaba tirada en la cama. Follábamos bien, por lo menos en mi opinión. Estoy sentado en la habitación del hotel y bebo whisky. En la mesa hay medicamentos, tabaco, unos guantes y un cenicero. ¿Te interesarán esta clase de detalles? Digas lo que digas, por lo que a mí respecta, nuestro matrimonio ha ido bien, por lo menos he estado en unas condiciones bastante buenas, y tú no has perdido los nervios. En el aeropuerto comí carne y luego un

sándwich en aquella cafetería. Mientras miraba el *striptease*, pensé en lo mucho que me has liberado de mis inhibiciones: la última vez que estuve en Londres, miré esas estúpidas representaciones y me empalmé al momento, y tuve que ir al baño a cascármela. Ahora la vida es mucho más fácil. Con Tuula las cosas no iban bien. Con Leena sí, pero ella fue una mala profesora. No tengo más remedio que contarte esas cosas. No tengo más remedio que deshacerme de la herencia del hogar. No te aburras, aunque hable varias veces de lo mismo. También en la iglesia se canta cada domingo la misma liturgia y eso se considera una eficaz medida de edificación. Voy a celebrar durante dos meses un oficio vespertino cada tarde, donde piense en Rosalinda y Melinda. Y no le contaré a nadie quiénes son Rosalinda y Melinda. Pensaré en sus dulces naricitas y me adormeceré allí, entre ellas. Lo más difícil es hablar de Marjukka. Tú y yo nos conocimos cuando estaba con ella, no recuerdo cómo nos conocimos, pero me lo has contado. Tú venías de Vanha, y yo me tambaleaba junto a un kiosco de salchichas y empecé a enrollarme con que había perdido las llaves y si podía ir a tu casa a dormir, y tú dijiste bueno, ven, pero con la condición, dijiste, de que no hagamos nada. Al día siguiente, fui a buscar la máquina de escribir y mi Webster y los llevé a tu pequeño estudio de alquiler en la Wallininkuja, y me quedé allí a vivir. Era tan pequeño que cuando Kutuharjo venía de visita, había que subir la silla a la cama para que el hombre pudiera salir al balcón a escupir. Luego vivimos un mes en Leppävaara, allí, en el piso de aquel perito mercantil, luego en Tallín, en Merivälja, y después en Kulosaari, en nuestro propio hogar. Al principio, Marjukka se opuso al divorcio, pero cuando prometí llevármela al convite en el palacio presidencial, aceptó. Así era ella: solo cuando nos sentamos a la mesa en

nuestro querido difunto Hansa y negociamos con el juez, comprendí que jamás me había querido a mí, solo mi nombre. Me casé con ella porque me parecía bonita y además tenía fama de que no se entregaba a nadie. Y esa que no se entrega a nadie ha de entregarse a mí. Pero faltaría a la verdad si no reconociera que Marjukka y yo tuvimos etapas estupendas: fuimos felices, tal vez no tanto por nosotros como por el hecho de que vivíamos y veíamos y escuchábamos. El mundo era hermoso. Y entonces, cuando el mundo era hermoso, me sentía orgulloso de Marjukka. Pero luego, de alguna manera todo se fue al carajo, no hablemos de eso, ahora estoy en Londres, tú en Helsinki, y en esta habitación no hay más ventanas que los espejos. Soy hermoso y te sonrío. Seguramente estás ya durmiendo. Tus gafas están sobre la máquina de coser. Pasado mañana iré a Dublín. Allí viví con Tuula y con Marjukka, en ambas ocasiones mi matrimonio se encontraba en estado de descomposición, y entonces, cuando esté en Dublín, te contaré más sobre esos hechos que pueden ayudarnos a ambos, y que ayudan aunque no hable sobre ellos. Crees que estoy buscando separarme de ti. No lo hago. Pero tampoco busco el camino hacia ti. Querría acercarme aún más, a tu interior, de manera que te quedases enganchada a mí y que mi polla jamás se soltara de ti, jamás en la vida, y trataríamos de caminar, pero no podríamos ir a ningún sitio, ni hacia delante ni hacia atrás, nos fundiríamos en uno, en una estatua que Guggenheim compraría. No he conocido a nadie, ni me interesa conocer gente, solo deseo estar así, solo. Con el taxista estuve charlando un buen rato, sobre Wilson y Vietnam, de qué país vengo y cuánto tiempo voy a quedarme en Londres, dos noches, y qué hago, escribo, de esto, de aquello, no estás aquí. Siento nostalgia. Las luces de Londres. El gentío. ¿No tenías

un lunar en algún lugar cerca del ombligo? Alguna vez rozó mis dedos, cuando te acariciaba. ¿Uno marrón, como mis ojos, y un poco sobresaliente? Estaba ahí. Saara tenía cuarenta y un lunares, como acaso te habré contado. ¿Organizamos un concurso de lunares? El premio: un polvo por lunar. Me he hecho un lío, pero como he decidido que no voy a quitar ni una palabra, pues así que queda la cosa. El caso es que el mundo sería más feliz y divertido si la gente no tratara de ocultar su estupidez. Y ahora me voy a dormir. Miro imágenes de tetas y pienso en ti. Trato de pensar en ti y me corro. La limpiadora me despertó a las nueve. Fui a un café barato a tomar un desayuno en condiciones. En el periódico vi que a Martin Luther King lo han matado de un disparo. Luego traté de ir a la estación de Euston para comprar un billete a Dublín, pero, por supuesto, me equivoqué de tren. Fui de un lado a otro y acabé en otra estación. Se llamaba King's Cross St. Pancras. Tomo un té porque el pub aún no está abierto. No te preocupes, me las arreglaré, aunque en ese momento me siento algo huérfano y no tengo fuerzas para creer siquiera en este texto. El dialecto de Londres resulta un poco difícil de entender. Pero no echo de menos Helsinki. Resulta tan tranquilizador cuando la gente no te conoce. Ahora consigo una ginebra. Un tipo de barba se puso a charlar, cuando vio que estaba escribiendo. Hablaba de una manera tan confusa que no entendí nada. El tren se va. El hombre de la estación es negro. En la mesa están sentadas unas personas mayores que beben café en vasos de cartón. Hablan de dinero. La gente pasa de largo con una maleta en la mano. Quisiera saber describirte el ambiente. Para que sientas que estás aquí cuando leas esto. Viajo a Dublín en el tren nocturno. La última vez fui en avión. Llegamos tarde y no encontrábamos la granja de los Wilkinson.

Marjukka no paraba de gritar. Cuando ahora pienso en nuestro matrimonio, siento que no hizo otra cosa que gritar. Ese es mi recuerdo de ella. Tuula y Leena y Marjukka son personas imaginarias, porque me resulta imposible estar resentido con personas que existen. Intento meter aquí a la fuerza valores literarios porque, según los críticos de literatura, estos valores me autorizan a decir lo que pasa por mi cabeza, cuando por ella pasan tus labios genitales y jadean tus pechos. En ese sentido, el suburbano es raro, puedes viajar por la ciudad sin ver más que los rostros aburridos de la gente y la publicidad en la pared de las estaciones. La mayoría son anuncios de ropa interior, mujeres en posturas excitantes, y publicidad de tabaco. Todo está lleno de polvo y sucio, huele a sudor y a orín, desvencijado y desvencijándose. Cada una de las chicas del *striptease* de ayer tenía una parte en su espectáculo en la que se agachaba con las piernas abiertas y el culo hacia el público, bajaba tanto que se le veían los pechos, y luego saludaba con la mano entre las piernas. Sansón y Dalila, era así como al principio Sansón trataba de seducir a Dalila, pero ella le cortó el pelo, lo ató a una columna y lo azotó. Luego se quitó la ropa y atormentó a Sansón estregándose contra él, porque cortarle el pelo lo había vuelto impotente. Dalila se dio la vuelta, le mostró el coño a esos tipos carcajeándose y sonrió excitante. Yo estaba sentado en un asiento de la primera fila, tan cerca que hubiese podido tocar. En las grandes ciudades se encuentran esta clase de diversiones. Luego, por la mañana, uno se sienta en un café con un bocadillo en la boca y lee en el periódico que a Martin Luther King lo han asesinado. ¿Qué proporciona más placer, mirar a chicas desnudas o leer noticias de asesinatos? Cuando los comunistas hablan de los sufrimientos del pueblo de Vietnam, en el fondo hay

sadismo. El auténtico amor por la paz requiere un pensamiento profundo del que la mayor parte de nuestros comunistas no es capaz. Creo que en el mundo no será posible la paz antes de que las personas sean sexualmente libres, de modo que una polla y un coño jueguen alegremente entre ellos, igual que niños. Y otra vez has vuelto. Saliste del baño desnuda y entraste en el dormitorio a vestirte, observé tu trasero por la rendija de la puerta y me estremecí al recordar el buen polvo de por la mañana. Estábamos medio dormidos al comenzar, tú me apretaste los testículos y conseguimos que se empalmara, y luego, cargada de meada, se me levantó tan hermosa que incluso lo logramos por detrás. Te pusiste a cuatro patas y yo estaba de rodillas detrás de ti. Me agarré a tus nalgas y miré. Era excitante y me corrí rápido. Te quedaste en la cama, descansando, yo me levanté, con la polla aún en erección, eso te hizo reír, y luego empecé mi gimnasia matutina, para iniciar el vómito. Empecé a gruñir, hazme el desayuno, aunque hubiese podido hacérmelo yo mismo. Luego beberé alcohol con el estómago vacío, grité, y tú te arrastraste fuera de la cama y me preparaste el desayuno. Después, el teléfono empezó a sonar, comenzaba el día. Te marchaste al trabajo. Yo no sabía qué hacer. Poco a poco dieron las doce.